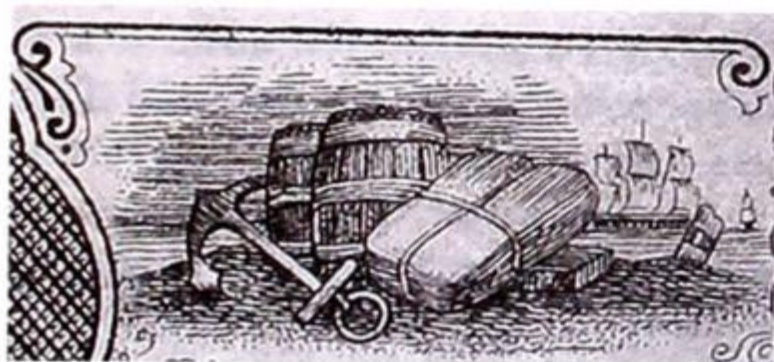


te", ocupan un lugar importante dentro del coleo. De estas biografías se destaca la de Nora Pan, una de las más famosas y rebeldes coleadoras. A favor está también que el autor en ocasiones utiliza un tono poético, entre nostálgico y orgulloso, que contrasta con la brevedad de sus descripciones, sobre todo en los pasajes en los que hace referencia a la belleza del llano: "Quien desde la Cordillera Oriental que bordea la inconmensurable llanura pueda otear el horizonte sentirá cómo ese embrujador tapete verde, que a lo lejos se une con el cielo, ejerce un raro magnetismo que invita a descender a sus planicies y recorrer sus pampas infinitas en busca de la aventura y las indescriptibles sorpresas que se encuentran al recodo del camino o en las matas de monte. Ensimismarse en el encanto de sus paisajes, de su gran variedad de fauna y en la diversidad de flora que circunda a cada centímetro de sus generosas tierras" (pág. 13).



El libro busca promover el llano y sus tradiciones. El mismo autor manifiesta que desea promover a los municipios de su departamento y aclara que, por cuestión de tiempo y espacio (?), no le fue posible incluir a otros municipios de otros departamentos de los llanos. Al final el libro no resulta solamente un intento de promover el turismo en el llano, sino que también halaga y rinde homenaje a la larga lista de coleadores amigos del autor.

No cabe duda de que *La historia del coleo* es rica en imágenes. Hay fotografías con mucha acción, que muestran el contraste entre la vida y la pinta del auténtico llanero criollo y la del coleador "deportista" disfrazado de llanero. Sin embargo, pese a que algunas fotografías sirven sólo como relleno, se nota que la inversión económica para la realiza-

ción del libro fue copiosa y que las regalías petroleras no sólo sirven para pavimentar carreteras o como carnada de los corruptos. Sin embargo, la prosperidad visual e iconográfica del libro contrasta con la información aportada.



En lo formal el libro quiere ser lujoso y atractivo desde el punto de vista estético, misión que no consigue y que delata más bien poco conocimiento del campo editorial: la tapa dura, que no es conveniente en el formato elegido, sumada a una diagramación defectuosa, a la ausencia de índice, a la deficiente corrección de estilo, al papel brillante, a la proliferación de fotografías de calidad heterogénea, a los intertítulos en mayúscula sostenida, al interlineado exagerado e irregular y a la caja tipográfica muy ancha, hacen de éste un libro mal hecho. Respecto al Centro de Historia del Casanare, entidad editora del libro, no hay ninguna información, así como tampoco una lista de sus anteriores publicaciones.

¿Bibliografía sobre coleo? Más bien poca. De modo que, pese a sus vastas deficiencias, este intento por plasmar una más de las tradiciones colombianas, siempre tan diversas, resulta apreciable, además de ser útil a la memoria colectiva nacional. Cualquier aproximación en torno a la riqueza de una región y de sus tradiciones, merece una calurosa bienvenida. Sin embargo, un texto serio sobre la belleza y tradiciones del llano colombiano, y más específicamente sobre "la historia del coleo", está por escribirse.

CARLOS SOLER

Las rubiáceas: no sólo café

Rubiaceae de Colombia.

Guía ilustrada de géneros

Humberto Mendoza, Bernardo R.

Ramírez P. y Luis Carlos Jiménez

Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Bogotá, 2004, 351 págs.

Reseñar esta interesante obra, producida por un equipo interinstitucional de científicos colombianos, es en extremo placentero. Sus autores son prestigiosos botánicos del Instituto Humboldt, de la Universidad del Cauca y de la Universidad Nacional de Colombia. El trabajo se halla dividido en seis secciones principales, aparte de una Presentación por el director del Humboldt, los Agradecimientos y la Introducción. En total se incluyen 142 figuras, las cuales ilustran en forma cabal las estructuras diagnósticas de las rubiáceas. Las dos primeras secciones, Introducción a la familia y El inventario de Rubiácea (diez páginas entre las dos) hacen una bien resumida contribución al conocimiento general de la familia, destacando su importancia ecológica.

El capítulo más importante del trabajo se llama simplemente Géneros (261 páginas) e incluye tres partes: Géneros y tribus, Clave artificial de géneros para Colombia y Diagnóstico de géneros. En esa sección se presenta información sobre 112 géneros, de los cuales cinco son introducidos y cuatro no son considerados válidos por los autores, para un total de 103 géneros nativos de nuestro país. De 108 géneros se tratan de presentar detalles fundamentales, tales como autor y referencia de publicación, sinonimias, descripción taxonómica, distribución en el mundo y en Colombia, nombres comunes, usos y citas de la literatura científica.

Entre los géneros más importantes de rubiáceas presentes en nuestro país, se pueden mencionar al menos cinco. *Coffea* es, sin duda, la planta económicamente más valiosa para Colombia. Su origen es afri-

cano, pero dos de su medio centenar de especies fueron introducidas en épocas históricas hasta constituirse en el eje de las exportaciones nacionales. La quina, una de las plantas que impulsó la Expedición Botánica, pertenece al género neotropical *Cinchona*, que incluye siete especies en Colombia. Los géneros *Psychotria*, 187 especies en Colombia, y *Palicourea*, 130 especies, agrupan un tercio de las rubiáceas conocidas de nuestro país. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que los autores analizan separadamente a las especies agrupadas en la sección *Notopleura* como si fuese un género válido. Esta sección incluye poco más de la quinta parte de las especies de *Psychotria*. Otro género destacable es sin duda *Borojoa*, que incluye al borojó, árbol cuyo fruto se ha popularizado en los últimos lustros por sus supuestas propiedades afrodisíacas.



Las dos últimas secciones del volumen son la Lista preliminar de especies de Rubiaceae para Colombia (35 páginas) y la Literatura citada (cinco páginas). Hasta la fecha se conoce la existencia de 969 especies

de rubiáceas en nuestro país. La bibliografía incluye 62 citas y cubre hasta 2001, para referencias distintas de las de los propios autores.

Estudios como éste aportan información de primera mano al conocimiento de nuestra extraordinaria biodiversidad. Parece lógico que, mientras no tengamos una base sólida sobre lo que poseemos en riqueza biológica, no podemos concentrar los esfuerzos de los investigadores en la explotación de dicho potencial natural. Sin embargo, los administradores de la ciencia en nuestro medio pretenden obviar etapas naturales que han tomado siglos en los países desarrollados.

ARTURO ACERO

Purgatorio de todos los infractores del idioma

Rosario de perlas

Alfredo Iriarte

Intermedio Editores, Bogotá, 2003, 550 págs.

Imaginémonos un mundo donde Alfredo Iriarte hubiera sido amo y señor de la lengua española, y no simplemente un aguerrido “contrabandista”, como le gustaba definirse a sí mismo. En ese planeta, las mujeres pasearían muy galanas por las calles moviendo sus recién levantadas posaderas, no con un “cul bra” como lo quisiera la revista Carrusel, sino con retrancas, ataharres o sotacolas. Este invento de la tecnología estética no les habría cambiado el “look”, sino la apariencia. Seguramente ni ellas ni sus maridos *frilanciarían* sino que, a lo sumo, serían trabajadores independientes, y, cuando quisieran descansar, por nada del mundo “vacacionarían”. En este Planeta Iriarte, guaches, cachifos y guarichas, a pesar del estupor de algunos, tendrían plena

nacionalidad, aunque no se “abrogarían” este derecho, sino que se lo arrogarían.

Sería un mundo claro, diáfano, donde el lenguaje no iría contra las leyes de la lógica ni de la estética. Tampoco se quedaría en tiempos medievales sino que daría cuenta del vértigo y de las necesidades y realidades de los nuevos días. Las palabras no estarían encarceladas en la Aduana de la Real Academia de la Lengua. Ésta habría tenido que cerrar sus oficinas en el vital caldo de cultivo de Colombia, de la exuberante América Latina. Así, los habitantes de estos lugares dejarían salir a borbotones sus *guayabos*, sus *mamadas de gallo*, sus *jarteras*; es decir, sus palabras gruesas, frescas, jugosas, jóvenes, todavía consideradas en nuestros tiempos tan sólo americanismos de dudosa ciudadanía que no le llegan a la rodilla a las palabras “verdaderamente castizas” de la Academia. Esta distinción se habría mandado “al papayo”, y colombianismos, cubanismos, mexicanismos invadirían gozosamente los moldes cuadrículados y estériles del bien decir ibérico.

La peste del “que galicado” se habría “fumigado como la maligna roya, la broca o la sigatoka”. Las revistas Semana y Cambio habrían dejado de revolver épocas, personajes, nombres, en sus apasionantes pero laxas crónicas históricas. Los deportistas y las reinas de belleza sólo competirían y nunca hablarían. Los locutores deportivos habrían pasado a mejor vida. Los políticos en campaña, como Noemí Sanín o Andrés Pastrana, tendrían tanto cuidado con la concordancia de género y número y los regímenes verbales en sus discursos como con las cifras económicas que osaran blandir en la plaza pública para convencer a su electorado.

Bueno, obviamente este mundo no existe. Y el socarrón Alfredo Iriarte, de veras, que sufrió por ello. Conocedor exhaustivo de las leyes del lenguaje, de su lógica, de su sensibilidad, de su esencia, de sus maneras, desarrolló un ojo agudo para defender lo que más quería: la len-